

Por desgracia, *ellos* no se hallaban allí. Abierta la puerta, Tartarín salía, lanzaba una rápida ojeada á derecha é izquierda, cerraba con doble vuelta la llave y echaba á andar.

El camino estaba solo; no se veía ni un gato. Las puertas se hallaban cerradas, apagadas las luces, y, por lo tanto, reinaban las tinieblas; solamente un farol brillaba entre las nieblas del Ródano.

Arrogante y tranquilo, Tartarín de Tarascón marchaba de noche, haciendo sonar sus tacones á compás y con la contra de su bastón arrancando chispas de las piedras.

En los bulevares, calles y callejuelas, tenía siempre mucho cuidado de andar por medio de la calzada, excelente precaución que permite ver venir el peligro, y, sobre todo, evitar lo que durante la oscuridad cae algunas veces de las ventanas en las calles de Tarascón.

Al verle tan prudente, no crea nadie que Tartarín fuese pusilánime... No; era que tomaba sus precauciones.

La mejor prueba de que no tenía miedo, es que, en vez de ir al Círculo por el paseo, iba por la ciudad, es decir, por lo más largo, por lo más solitario, por un sin fin de callejuelas, desde las que se ven rielar siniestramente las aguas del río.

El pobre hombre esperaba siempre que en alguna de aquellas revueltas, *ellos* se lanzaran desde la sombra y cayeran sobre él. *Ellos* hubieran sido bien recibidos, de seguro. Pero ¡ay! por una burla del des-

tino, nunca se presentó á Tartarín la suerte de tener un mal encuentro; ni un perro, ni siquiera un borracho. Nada.

Algunas veces, no obstante, oyó ruido de pasos, voces ahogadas... «¡Atención!» se decía nuestro héroe; y se quedaba plantado, procurando ver en la oscuridad, tomando el viento y apoyando el oído en el suelo, como hacen los indios.

Los pasos se acercaban, las voces se dejaban oír más próximas... Ya no había que dudar. *Ellos* llegaban... *Ellos* estaban allí, y ya Tartarín, echando chispas por los ojos, sin aliento, se recogía como un jaguar y se preparaba á saltar lanzando su grito de guerra... cuando de repente, entre la sombra, oía á algún conocido, que decía con mucha calma:

—Es Tartarín... ¡Eh, adiós, Tartarín!...

¡Maldición! Era el boticario Bezuquet con su familia, que venían de cantar *la suya* en casa de Costecalde.

—¡Buenas noches, buenas noches! refunfuñaba Tartarín, furioso por su equivocación, y con cara feroz proseguía su marcha.

Cuando llegaba á la calle del Casino, el intrépido tarasconense esperaba todavía un momento, paseándose arriba y abajo delante de la puerta, y, por fin, cansado de esperar y convencido ya de que *ellos* no se presentarían, echaba en la oscuridad una postrer mirada de desafío, y murmuraba iracundo: «¡Nada!... ¡Nada!... ¡siempre nada!...»

Y entraba en el Círculo.

VI

Los dos Tartarines.—Diálogo notable entre ellos.

CON tan marcado afán de aventuras; con tanta necesidad de emociones fuertes; con una verdadera pasión por los viajes, ¿cómo era que Tartarín no se había ausentado alguna vez de su país?

Porque es un hecho plenamente comprobado que hasta los cuarenta y cinco años el valeroso tarasconense no había traspasa-

do los límites de la ciudad que le vio nacer.

Ni siquiera había ido á Marsella, cosa que todo buen provenzal hace en cuanto llega á su mayor edad.

Apenas si conocía á Beaucaire, y, sin embargo, no está lejos de Tarascón, puesto que para ir allá basta con pasar el puente, un puente largo, es verdad, más

largo que un día de espera, y frágil hasta el punto de haber sido en más de una ocasión arrastrado por las aguas; pero nuestro hombre no le había atravesado nunca. No se presentó jamás la necesidad de hacerlo, y la prudencia, como él decía, es compañera inseparable de los valientes.

A pesar de lo endeble de aquel puente y de lo inseguro que estaba, Tartarín lo hubiera mil veces atravesado, corriendo, si menester fuese, porque no se tenía por cobarde, y sí por previsor y precavido. Se sentía capaz de alcanzar la meta del héroe; mas no la del temerario que obra sin razón justificante y sin examen detenido de las cosas y de las circunstancias, según la fuerza intelectual de cada uno.

Sin embargo, como no siempre el heroísmo se asienta en un espíritu sereno y reflexivo; como los arranques del héroe obedecen en determinados casos á los impulsos de la pasión, del sentimiento y de la superioridad de sus enemigos, ¿á qué causa se debería que en nuestro Tartarín no sucediese jamás eso, antes bien, que procediese con calma siempre y no obrase sino después de darse cuenta de sus determinaciones?

Ni la vanidad, ni el orgullo, ni el temor al ridículo, que sabido es ciegan á los hombres y los lanzan á la realización de empresas ó de actos de los que luego han de arrepentirse, obraban de lleno y de repente en su ser, sorprendiendo ó apoderándose de su voluntad, sino que provocaban en su alma cierta lucha y daban lugar á dudas y vacilaciones, hasta el punto de haberse expuesto más de una vez á perder su reputación.

¿De qué medios nos habremos de valer para explicar semejante fenómeno, que determinaba el carácter especialísimo del valiente tarasconense, del célebre Tartarín de Tarascón?

Preciso es convenir en que había en él dos naturalezas muy distintas, contrarias, diametralmente opuestas.

«Siento dos hombres en mí,» dijo no sé qué Padre de la Iglesia; y esto era lo que con verdad pudiera asegurarse, tratándose de Tartarín.

El gran tarasconense, como convendrán en ello cuantos conozcan su historia, llevaba en sí el alma de D. Quijote, los mismos rasgos caballerescos, su mis-

mo ideal heroico, idéntica locura por lo novelesco y lo grandioso; pero desgraciadamente no tenía el cuerpo del célebre hidalgo, aquel cuerpo huesoso y delgado, casi transparente, un escrúpulo de cuerpo, en fin, en el que tan poca presa hacía la vida material, capaz de pasar veinte noches seguidas sin desabrochar su coraza y cuarenta y ocho horas con un puñadito de arroz por todo alimento... El cuerpo de Tartarín, por el contrario, era soberbio, grueso, pesado, muy sensual, asaz delicado, en gran manera quejumbroso, lleno de apetitos de todo género, y amante de la comodidad; en una palabra, el cuerpo barrigudo y corto sobre robustas piernas del inmortal Sancho Panza.

¡D. Quijote y su escudero en un mismo hombre!

Compréndese, desde luego, el mal consorcio que deberían hacer.

¡Cuántos combates! ¡Cuántas reyertas!...

¡Qué gracioso diálogo podría escribirse entre los dos Tartarines: el Tartarín-Quijote y el Tartarín-Sancho!

Tartarín-Quijote, exaltándose con las novelas de Gustavo Aymard y gritando:

«¡Parto!»

Tartarín-Sancho no pensando más que en el reuma, diciendo:

«¡Me quedo!»

TARTARÍN-QUIJOTE, *muy entusiasmado*:
Cúbrete de gloria, Tartarín.

TARTARÍN-SANCHO, *con mucha calma*:

Tartarín, vistete de franela.

TARTARÍN-QUIJOTE, *cada vez más excitado*:

¡Oh, los buenos rifles de dos cañones!

¡Oh, las dagas, los lazos, los trabucos!

TARTARÍN-SANCHO, *con más cachaza aún*:

¡Oh, qué buenos los chalecos de lana,

las rodilleras muy calentitas y las gorras con orejeras!

TARTARÍN-QUIJOTE, *fuera de sí*:

¡Un hacha, que me den un hacha!

TARTARÍN-SANCHO, *llamando á la criada*:

Juanita, mi chocolate.

Y la muchacha aparece con un excelente soconusco caliente, perfumado y acompañado de succulentas tostadas, que hacen reír á Tartarín-Sancho y ahogan los gritos de Tartarín-Quijote.

Y he aquí por qué Tartarín de Tarascón no había salido nunca de su ciudad natal.

VII

Los europeos en Shang-Hai.—Un león del Atlas
en Tarascón.

Poco faltó, sin embargo, cierto día, para que Tartarín se dispusiera á hacer un largo viaje.

Los tres hermanos Garcio-Camús, tarasconenses establecidos en Shang-Hai, le ofrecieron la dirección de una de sus casas mercantiles.

¡Aquella sí que era la vida que necesitaba; la más adaptable á sus aficiones, á sus deseos y á su carácter!

Negocios considerables, una muchedumbre de dependientes que gobernar, relaciones con Rusia, Persia, Turquía Asiática; el alto comercio, en fin.

En boca de Tartarín, la palabra «alto comercio» parecía tan grande... Y sobre todo, halagábale mucho el ir allá á sostener su preponderancia, á hacer palpable su superioridad, á tener á raya á los mercaderes turcos, persas y rusos, imponiéndoles por su hidalguía, por su potente brazo y por la altura de su proceder...

Dicho viaje daba á Tartarín gran concepto entre sus convecinos y gran realce á la vez, porque sabían que la casa Garcio-Camús recibía cuando menos lo esperaba la visita de los tártaros, y era de ver cómo se cerraban apresuradamente las puertas, cómo los dependientes se armaban, con qué ligereza se izaba la bandera consular, y cómo la emprendían á tiros por las ventanas con tan molestos visitantes.

No hay para qué hablar del entusiasmo que Tartarín-Quijote experimentó al hacersele la proposición de encargarse de una casa que le daba ocasión de realizar sus ideales; pero, por desgracia, Tartarín-Sancho no se conformaba así como se quiera, y siendo el más fuerte, el negocio no se arregló.

Hablaron mucho de ello en la ciudad.

—¿Partirá?...

—¿No partirá?...

—Apostemos á que sí, decían unos.

—Apostemos á que no, replicaban otros.

Fué todo un acontecimiento... Y en las calles como en las tiendas, en las casas y en el paseo, en el Casino del mismo modo que en la iglesia, no se hablaba de otra cosa.

La figura de Tartarín se agrandaba.

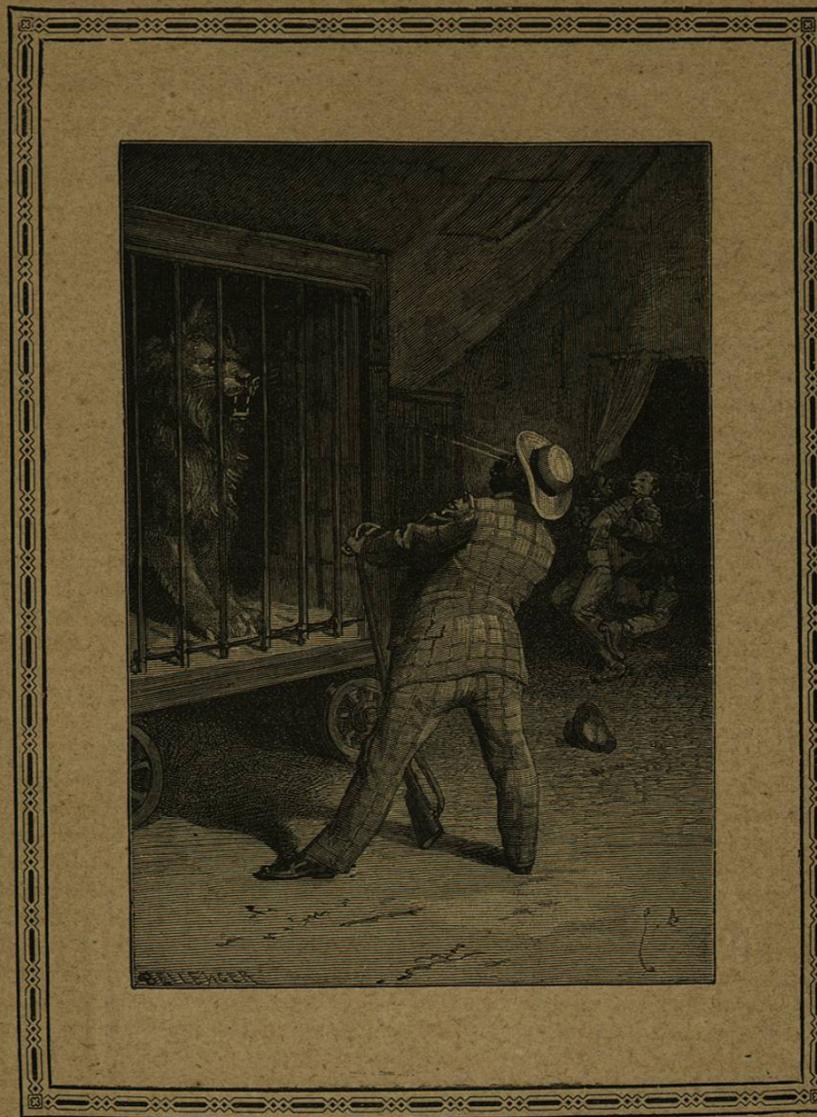
Por último, no se marchó; pero todo aquello redundó en honra suya, pues para Tarascón era lo mismo que su héroe estuviera á punto de ir á Shang-Hai, que haber ido de verdad.

Con tanto ocuparse de aquel viaje, los tarasconenses concluyeron por creer que Tartarín había vuelto ya, y por la noche en el Circulo le pedían detalles acerca de la vida que se hacía en aquel país, de sus costumbres, de su clima, del opio y del «alto comercio.»

Nuestro hombre, perfectamente enterado, daba con mucho gusto los informes que le pedían, y de seguro que andando el tiempo se figuró realmente haber estado allí, porque, contando por centésima vez los episodios á que diera lugar una de las visitas de los tártaros á la casa de los comerciantes Garcio-Camús en Shang-Hai, llegó á decir con mucha naturalidad: «Entonces, *mandé* que todos los dependientes tomasen las armas, *izé* la bandera consular, y... ¡pim, pam, pum! por las ventanas *tirábamos* sobre aquellos salvajes.»

Al oír este relato, los socios del Circulo se estremecían...

Y ahora que hemos mostrado á Tartarín de Tarascón en su vida privada, antes de que la gloria hubiese ceñido sus



Sólo Tartarín de Tarascón no se movió...

sienes con el simbólico laurel; ahora que hemos dado á conocer su carácter heroico desenvolviéndose en una esfera de acción modesta, sus alegrías, sus dolores, sus sueños y sus esperanzas, apresurémonos á llegar á las grandes páginas de su historia y al singular acontecimiento de su incomparable destino.

Una tarde, en casa del armero Costecalde, Tartarín de Tarascón estaba demostrando á algunos aficionados el manejo del fusil de aguja, nueva invención de aquella época, cuando de repente la puerta se abre y un cazador de gorras se precipita todo asustado en la tienda gritando: «Un león!... ¡Un león!..»

Estupefacción general.

Tartarín cala la bayoneta y Costecalde corre á cerrar la puerta.

Rodean al cazador, le interrogan y llegan á saber que la casa de fieras ambulante de Mitaine, después de la feria de Beaucaire, pasaría algún tiempo en Tarascón, que acababa de instalarse en la plaza del Castillo, y que contenía unas cuantas serpientes boas, algunas focas, dos cocodrilos y un magnífico león del Atlas.

¡Un león del Atlas en Tarascón!

Jamás se había visto tal cosa, y nuestros valientes cazadores se miraban con orgullo. ¡Qué radiantes estaban todas las caras, y qué buenos apretones de manos se daban en silencio, felicitándose mutuamente por aquel acontecimiento!

La emoción que experimentaban era tan grande, tan imprevista, que nadie, ni siquiera Tartarín, encontraba palabra á propósito para expresar tamaño goce.

Nuestro héroe reflexionaba, permaneciendo de pie al lado del mostrador... Un león del Atlas ahí cerca, á dos pasos... Un león; es decir, el animal más valiente de la creación, el rey de las fieras, la caza de mis sueños...

¡Un verdadero león... y del Atlas!

Tranquilo, con la cabeza erguida, el intrépido tarasconense se dirigió hacia la

barraca, pasó sin detenerse por delante del baño de la foca, miró con desdén un gran cajón lleno de salvado en que la boa digería un pollo crudo, y se plantó por fin delante de la jaula del león.

¡Terrible y solemne entrevista!

El león de Tarascón y el del Atlas, enfrente uno de otro... De un lado, Tartarín de pie, con la pierna tendida, ambos brazos apoyados en su rifle; del otro, el león, un león enorme, echado en la paja, con los ojos medio cerrados, adormecido, con su enorme hocico apoyado en sus manos... ambos serenos y mirándose.

¡Cosa singular! El león, que hasta entonces había mirado á los tarasconenses con aire de soberano desprecio, bostezando delante de ellos, tuvo de repente un movimiento de cólera..

¿Habría olfateado á algún enemigo de su raza?

Primero dió un resoplido, rugió sordamente, movió sus garras, y se estiró; después se levantó, alzó la cabeza, sacudió su melena, abrió su inmensa boca y lanzó á Tartarín un formidable rugido.

Un grito de terror le respondió, y todos los tarasconenses, mujeres, niños, mozos, cazadores de gorras y hasta el bravo comandante Bravida, se precipitaron hacia la puerta...

Sólo Tartarín de Tarascón no se movió...

Permaneció allí, firme y resuelto delante de la jaula, echando relámpagos su mirada y con la cara feroz que todos le conocían...

Cuando, pasado un instante, los cazadores de gorras, que asustados habían huído, volvieron y se hallaron algo tranquilizados por la solidez de los barrotes de la jaula, se acercaron á su jefe y le oyeron murmurar mirando al león:

«¡Esa sí que debe ser una magnífica cacería!»

Aquel día, Tartarín de Tarascón no habló nada más...

VIII

Singulares efectos del espejismo.

AQUEL día Tartarin, como queda dicho, no pronunció ni una frase más, y, sin embargo, el desgraciado habló bastante...

Al día siguiente no se ocupaba nadie en la ciudad sino de la próxima partida de Tartarin para la Argelia á cazar leones, y sabido es que el buen hombre no dijo una sola palabra de esto; pero ¡ya se ve! el espejismo...

Lo cierto es que Tarascón en masa no hablaba de otra cosa.

En el paseo, en el Casino, en casa de Costecalde, todos se decían unos á otros con aire muy ufano:

—Seguramente sabréis la noticia.

—¿Cuál? ¿La partida de Tartarin?

El hombre más sorprendido, con seguridad, fué Tartarin, cuando supo que se iba á Africa. ¡Pero lo que puede la vanidad! En vez de responder sencillamente que jamás había tenido semejante intención, el pobre Tartarin, la primera vez que le hablaron de ese viaje, respondió: «¡Pchs! ¡pchs!... Puede ser... No digo que no.» A la segunda vez, algo más familiarizado con esa idea, respondió: «Es probable,» y á la tercera: «Es cierto.»

Y por la noche en el Círculo y en casa del armero, animado por el ponche de huevo, los vivos y las luces, embriagado por el ruido que produjo en la ciudad la noticia de su partida, el infeliz declaró formalmente que estaba cansado de cazar gorras y que se iba á perseguir á los leones del Atlas...

Un hurra formidable acogió esta declaración, y se sirvió más ponche, se repitieron los apretones de manos, los abrazos, y hubo serenata con antorchas hasta media noche delante de la casita del baobab.

¡Tartarin-Sancho sí que no estaba contento! Se estremecía de antemano, pensando en el viaje á Africa y en la caza del león, y al entrar en su morada, mientras que la serenata continuaba debajo de sus ventanas, armó á Tartarin-Quijote un escándalo espantoso, llamándole visionario, imprudente, loco rematado, y detallándole minuciosamente todas las catástrofes que le esperaban en tal expedición, naufragios, reumas, fiebres perniciosas, disenterías, peste negra, elefantiasis y demás...

En vano Tartarin-Quijote juraba no cometer ninguna clase de imprudencias, diciendo que se abrigaría bien y que se llevaría cuanto fuese necesario: Tartarin-Sancho no quería atender á razones.

El pobre diablo se veía ya hecho pedazos por los leones, enterrado entre la arena del Desierto, como el célebre Cambises, y el otro Tartarin no llegó á apaciguarle algún tanto sino diciéndole que no partía en seguida, que ese viaje no era perentorio, y que aún no se habían ido.

Claro está que nadie se embarca para una expedición semejante sin tomar algunas precauciones. Es preciso ¡qué demonio! saber lo que se hace, y no irse á la ventura de Dios, como los pájaros.

Antes que nada, el héroe tarasconense quiso leer las obras de los grandes viajeros africanos, Mungo-Park, Caillé, el doctor Livingstone, Enrique Duverrier y otros.

En esos libros vió que aquellos intrépidos exploradores, antes de calzar las sandalias para sus lejanas excursiones, se habían preparado de antemano á soportar el hambre, las marchas forzadas y las privaciones de toda especie. Tartarin quiso

imitarlos, y desde aquel día no se alimentó más que de *agua cocida*, con cuyo nombre designan en Tarascón el alimento consistente en algunas rebanadas de pan, nadando en agua caliente y condimentadas con una cabeza de ajos, un poco de tomillo y hojas de laurel.

El régimen era severo, y ya podrá figurarse cualquiera las muecas que haría Tartarin-Sancho.

Al uso diario del *agua cocida*, Tartarin de Tarascón añadió otras prácticas preventivas; así es que para acostumbrarse á largas marchas, daba siete ú ocho veces seguidas la vuelta á la ciudad, tan pronto corriendo, tan pronto con paso gimnástico, con los codos hacia atrás y dos piedrecitas blancas en

la boca, según la antigua usanza del país.

Después, para habituarse al relente, á la niebla y al rocío, bajaba todas las noches al jardín y se quedaba allí hasta las diez ó las once, solo con su fusil y en acecho detrás del *baobab*.

En fin, mientras que la casa de fieras de Mitaine permaneció en Tarascón, los cazadores de gorras, saliendo de casa de Costecalde, vieron en la sombra, pasando por la plaza del castillo, un hombre misterioso que se paseaba arriba y abajo detrás de la barraca.

Era Tartarin de Tarascón, que quería acostumbrarse á oír sin estremecerse, los rugidos del león durante las sombras de la noche.

Pero no se decidía á emprender el viaje.

IX

Lo que se habló en la casita del baobab.

TENÍA realmente intención de partir?... Esa es una pregunta muy delicada, á la que el historiador de Tartarin no sabría qué contestar.

Lo cierto es, que hacía tres meses que la casa de fieras ambulante había salido de Tarascón y que el futuro matador de leones no se movía...

Cuando, después de tanto tiempo de espera, sus conciudadanos notaron que ni siquiera tenía preparadas las maletas, empezaron á murmurar.

Los pusilánimes, los cobardes como Bezuquet, á quien una pulga asustaba, y que no podían tirar un tiro sin cerrar los ojos, esos, sobre todo, eran despiadados. En el Círculo, en el paseo, por todas partes se acercaban á Tartarin, diciéndole con sorna:

—¿Para cuándo es el viaje?

En la tienda de Costecalde los cazadores de gorras renegaban de su jefe.

Todos se iban previniendo contra él;

CUADERNO TERCERO

sólo el ejército era aún partidario de nuestro héroe.

El bravo comandante Bravida le conservaba su estimación, y ni siquiera una vez hizo alusión al viaje consabido; sin embargo, cuando el clamor público tomó gran incremento, se decidió á hablar.

Una tarde, al anochecer, el desgraciado Tartarin estaba solo en su celebre gabinete pensando cosas tristes, cuando vió entrar al comandante, grave, con guantes negros y abotonada la levita hasta el cuello.

—Tartarin, dijo el antiguo soldado con autoridad; Tartarin, es preciso partir.

Y diciendo esto, se quedó en pie en el umbral de la puerta, rígido y severo como el deber.

Todo cuanto quería decir eso de «¡Tartarin, es preciso partir!» el intrépido tarasconense lo comprendió.

Se levantó de su asiento, muy descolorido, miró con ternura su lindo gabi-

nete tan agradable, la ancha butaca tan cómoda, sus libros, la alfombra, las grandes cortinas de las ventanas, á través de las que se veían las plantas exóticas del jardín; y después, avanzando hacia el bravo comandante, le cogió la mano, se la apretó con energía y dijo con voz conmovida y los ojos preñados de lágrimas: —¡Partiré, Bravida!

Y lo hizo tal como lo dijo.

Pero no en seguida... pues necesitó hacer sus preparativos.

En primer lugar, mandó construir en casa de Bompard dos grandes baules forrados de cobre, con una gran placa, y en ella esta inscripción:

TARTARÍN DE TARASCÓN

CAJA DE ARMAS

El forrado y el grabado necesitaron mucho tiempo. Encargó también en el

almacén de Tastavin un magnífico álbum de viaje para escribir diariamente sus impresiones; pues decía, y con razón, que por más que se vaya á cazar leones, no por eso se deja de pensar.

Después hizo venir de Marsella todo un cargamento de conservas alimenticias, extracto de carne para hacer caldo, una tienda de campaña del último modelo, que se armaba y desarmaba en un instante, botas de marino, impermeable y lentes azules para evitar las oftalmías, y, en fin, el farmacéutico Bezuquet le preparó un botiquín de viaje repleto de aglutinante, árnica, alcanfor y vinagre de tocador.

¡Pobre Tartarín!

Tantos preparativos tenían como principal objeto el calmar, á fuerza de precaución y de delicadas atenciones, el furor de Tartarín-Sancho, que, desde que la marcha estaba decidida, no callaba ya ni un segundo y *refunfuñaba* sin cesar.

X

La marcha.

EL gran día, el día solemne, llegó por fin.

Con el alba, Tarascón entero estaba en pie, llenando el camino de Avignon y los alrededores de la casita del baobab.

El gentío era inmenso delante de la puerta de Tartarín, que se iba á matar leones entre los *Teurs*.

Para los tarasconenses, África, Grecia, Persia y Turquía forman un país vago, casi mitológico, y todo eso se llama los *Teurs*, en su jerga meridional: los *Turcos*.

En medio de aquella batahola, los cazadores de gorras iban y venían, orgullosos por el triunfo de su jefe.

—¿No apostabais en contra? decían los más entusiastas.

—Nosotros no hemos dudado nunca de Tartarín, jamás, respondían los otros; pero las circunstancias, la conveniencia de permanecer aquí, y, sobre todo, la prudencia que le caracteriza, nos inclinaba á pensar que no partiría.

—Pues ya véis lo contrario. Tartarín va al África, y estad seguro de que nos honrará á todos.

Delante de la casa estaban parados dos enormes carretones, y de vez en cuando la verja se abría, dejando ver algunas personas paseándose gravemente por el jardín. Mozos de cuerda sacaban baules,

cajas y sacos de viaje, que metían en los carros.

Cada cajón que salía, entusiasmaba á los espectadores, que decían en alta voz: «Este contiene la tienda de campaña... ése las conservas... esotro el botiquín... aquél las armas...» Y los cazadores de gorras daban algunas explicaciones sobre ciertos enseres.

La multitud estaba ebria de gozo. El egregio hijo de Tarascón se disponía á escribir una página en la historia de las glorias tarasconenses, y todos se deshacían en lenguas ponderando las proezas de su ídolo, que daban ya por realizadas. La fama de Tartarín invadiría el mundo; los libros de sus viajes, de sus aventuras, de sus prodigios, se publicarían en todos los idiomas, y llegaría el momento en que decir «soy tarasconense» sería tanto como llevar un talismán que hiciera recaer sobre quien tales palabras pronunciara, toda la consideración y todo el respeto que los héroes conquistan para los suyos.

¡Oh insigne Tartarín, honra y prez de sus progenitores, orgullo de sus ciudadanos, descendiente de aquellos intrépidos provenzales, perseguidores sin tregua de la célebre y legendaria Tarascal

De repente, á eso de las diez, un gran movimiento se operó entre los espectadores, y la verja giró violentamente sobre sus goznes.

—¡Él es! ¡él es! prorrumpieron todos en unisona exclamación.

Era él, en efecto.

Pero cuando apareció en el dintel, gritos de estupor salieron de en medio del gentío.

—¡Es un *Teur*! exclamaban.

—¡Tiene lentes!

Y es que Tartarín de Tarascón había creído deber suyo, puesto que se dirigía á Argel, vestir el traje argelino.

Llevaba, pues, pantalón bombacho de tela blanca, chaquetita muy ceñida, con botones de metal dorado; una faja encarnada de cerca de una vara de ancho alrededor de la cintura, y tenía el cuello

desnudo, la cabeza medio afeitada y una enorme *chechia*, ó sea un gorro encarnado en ella, con una borla de seda azul excesivamente larga. Iba armado con dos enormes fusiles, uno en cada hombro, un cuchillo de monte en la cintura, sobre el vientre una gran cartuchera y en la cadera un revólver con su funda de cuero. Y... nada más.

¡Ah! Llevaba también anteojos, unos anteojos muy grandes, y que, en honor de la verdad, disminuían mucho el aspecto feroz de nuestro héroe.

—¡Viva Tartarín!... ¡Vivaaa!... vociferaba la multitud.

El jefe de estación, antiguo soldado africano de 1830, esperaba en el andén al intrépido tarasconense y le dió con toda la afección de su alma, con envidia tal vez, un vigoroso apretón de manos.

El expreso de París-Marsella no había llegado todavía, y Tartarín y su estado mayor entraron en la sala de espera.

Durante un cuarto de hora se paseó arriba y abajo en medio de los cazadores de gorras; y como les hablara de su viaje, de sus futuras cacerías y les prometiera enviarles pieles, le rogaban todos á porfía que no los olvidase, pidiéndole cada cual que escribiera sus nombres en su libro de memoria.

La campana de la estación sonó anunciando la llegada del tren, poniendo así término á tan enfadosas recomendaciones.

Un ruido sordo y un agudo silbido resonaron en las bóvedas.

—¡Al coche, señores viajeros, al coche! dijeron los mozos de servicio.

—¡Adiós, Tartarín!... ¡adiós!...

—¡Que Él quede con vosotros! les contestó.

Y el valiente comandante Bravida abrazó fuertemente á su querido y admirado amigo, quien, lanzándose hacia la vía, montó en un coche lleno de parisienses que por poco se mueren de miedo viendo á aquel sér extraño armado de todas armas.